SAN JORGE POR ARAGON.

DRAMA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

D. PEDRO ESCAMILLA.

Estrenado en Madrid en el Teatro de la Alhambra, con muy buen éxito, en el mes de Julio de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE BERNARDINO Y CAO,
calle del Ave-María, 11, bajo.

1872.

20

SAN JORGE POR ARAGON.

DRAMA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

D. PEDRO ESCAMILLA.

Estrenado en Madrid en el Teatro de la Alhambra, con muy buen éxito, en el mes de Julio de 1871.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE BERNARDINO Y CAO,

calle del Ave-María, 11, bajo.

La propiedad de esta obra pertenece á los señores Suarez y Gamayo ó herederos, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises en que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los comisionados de las Galerías dramáticas y líricas de los Sres. Gullon é Hidalgo son los exclusivos encargados del cobro de las representaciones y de la venta de ejemplares.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARI-PAZ	Sras. Isabel Vallarino.
CATALINA	« Concha Gomez.
MONCADA	Sres. Chas de Lamotte.
DIMAS	« José Quesada.
LUIS	« Eduardo Cachet.
UN ALDEANO	« N. Pastor.

ALDEANOS, ALDEANAS, PUEBLO.

La accion tiene lugar en una aldea de las montañas de Aragon, durante el reinado de Felipe II.

611284

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/sanjorgeporaragn16120esca

ACTO ÚNICO.

Interior de una habitacion rústica; á la derecha del actor el hogar encendido; á la izquierda un sillon tosco y una mesa con papeles; en segundo término, tambien izquierda, una puerta que da paso á las habitaciones interiores; otra al foro que comunica con el exterior; sobre esta un cuadro que representa la Vírgen del Pilar. En el foro izquierda un caballete de madera sosteniendo una campana, cuya cuerda estará atada á uno de los largueros.

Al levantarse el telon, aparecen, en primer término, Catalina y Dimas, rodeados de aldeanos, que beben y bromean. Es de noche; un gran farol, que cuelga del techo y otro que habrá delante de la imágen, alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA, DIMAS *y aldeanos.*

DIM. Muchachos, bebed sin tino,
es la flor de la bodega;
hoy hace el gasto Moncada,
porque su santo celebra.

ALDS. ¡Viva el amo!

DIM. Y el aloque.

CAT. ¡No disponeis mal la fiesta!

DIM. Me pinto solo.

CAT. Se entiende;
tirais con pólvora ajena.

DIM. Vaya un trago. *(Ofreciéndola.)*

CAT. No me gusta
viniendo de vos.

DIM. No mientas.

CAT. Os llamais Dimas, teneis
muy cumplidos los cuarenta,

y no sois de la comarca;
de modo que vuestra oferta
rechazo por lo del nombre,
lo de las canas y *etcétra*.
Yo creo que esto es ser franca.

DIM. (Reniego de tu franqueza.)

CAT. A mí me gusta un muchacho
que haya nacido en la tierra
de Pilarica, y que cante
(Señalando á la Vírgen.)
la rondalla aragonesa,
y que un arcabúz maneje
cuando el caso lo requiera.

DIM. (Mucha aficion á la pólvora
teneis; si no lo remedia
el Señor, dentro de poco
se va á quemar mucha en regla)

CAT. *(A los aldeanos)*
¡Vamos, qué haceis ahí parados,
sin mover brazo ni lengua!
Canta, Pitorro, y que bailen
las muchachas lo que sepan.

ALDS. ¡Vaya una rondalla... vaya!

CAT. ¡Venga una rondalla, venga!

(Salen dos parejas y bailan, mientras canta un aldeano, acompañado de las bandolinas.)

RONDALLA.

ALDS. El Cristo que hay en La Seo,
segun dicen, suda tinta,
cuando bailan en la plaza
las buenas mozas de Ricla.
Niña de mi vida,
ven á mi granero,
que allí, muy bajito,
te contaré un cuento.
Niña de mis ojos,
ven conmigo, ven,
tengo negra el alma
de quererte bien.
Las muchachas de Longares
tienen un gato en el pecho,
para cazar los ratones
que van á coger el queso.
En tu huertecillo
hay junto á la tapia
una piedra negra
y una piedra blanca;
déjame, muchacha,
déjame, por Dios,
que coja mi mano
una de las dos.

CAT. ¡Perfectamente, muchachos!
DIM. Me gusta lo de las piedras.
CAT. Pues podeis daros con una
en el pecho.
DIM. ¡Qué ocurrencia!
Pero observo que aquí falta...
CAT. ¿Quién?
DIM. Mari-Paz.
CAT. Fué á la aldea
á llevar al señor cura
melocotones y cera.
DIM. De tres dias á esta parte
anda la ceca y la meca.
CAT. Padece fuertes dolores
de estómago y de cabeza,
y el doctor la ha recetado
que haga ejercicio
DIM. ¿De veras?
ALD. *(Mirando al foro.)*
El amo viene; silencio...
(Aparece Luis Moncada.)
CAT. ¡Qué gesto! ¡Dios nos proteja!

ESCENA II.

DICHOS, MONCADA.

MONC. ¿Aun estais aquí?
CAT. Apuraban
la última jarra.
MONC. La queda
ha sonado, y necesito
reposo... bailad ahí fuera,
y que os sirvan todo el vino
que resistan vuestras piernas.
(Los aldeanos se retiran en silencio por el foro. Catalina va á seguirlos, pero la detiene Moncada.)
¿Y Mari-Paz?
CAT. Aun no ha vuelto.
(Moncada le hace seña de que despeje.)
DIM. (Tambien pregunta por ella.)

ESCENA III.

MONCADA, DIMAS.

DIM. Luis Moncada, Dios te guarde.
MONC. Dimas, verte aquí me extraña...
¿Cuando la muerte se ensaña
en tu señor, tanto alarde
haces de vil alegría?
DIM. Le ha desahuciado el doctor

y ya no estará mejor
por darle yo compañía.

MONC. Pero de un criado fiel
no es esa conducta

DIM. Sí...
Cuando quiso le serví,
hoy no necesito de él.
En iguales ocasiones
así obran los más expertos,
y últimamente, á los muertos
se sirve con oraciones.

MONC. ¿Y vienes aquí á rogar
donde el baile os entretiene?

DIM. ¿Qué quereis? cada uno tiene
su manera de rezar.

MONC. Causa tu poca aprension
despecho en el más prudente.

DIM. No sé por qué.

MONC. Felizmente
no has nacido en Aragon.

DIM. Pero tú, que tanto alarde
haces de afecto acendrado,
¿por qué no estás á su lado?

MONC. Subí al castillo esta tarde,
mas tuve que abandonar
del enfermo la asistencia;
parece que mi presencia
le hace daño.

DIM. (A no dudar.)

MONC. Mostraba un afan extraño
por hablarme, y en seguida,
con la mirada encendida
y el gesto tosco y uraño,
me señalaba de un modo...

DIM. De la muerte son rarezas:
hay ciertas naturalezas
contradictorias en todo.
Lo mismo conmigo ha hecho;
así yo, para dejar
que pueda en calma espirar,
como tú, dejé su lecho.
Hoy distrae mi atencion
otra cosa; yo he notado
que va estando muy cargado
el cielo por Aragon.

MONC. (¿Qué dice?) *(Estremeciéndose.)*

DIM. *(Observándole.)* Ni más, ni ménos:
hácia esta parte de España,
tiene un rumor la montaña
parecido al de los truenos,
sacudimiento profundo
que indica...

MONC. Aprension quizá.
DIM. *(Observándole siempre.)*
Vuestros fueros hacen ya
sombra á Felipe segundo.
MONC. Dejemos esta cuestion.
DIM. Ya sabes que á esta comarca
mandó tropas el monarca...
tal vez con buena intencion.
MONC. Es verdad, anoche ví
á un oficial y soldados...
DIM. Todos están alojados
en aquella granja.
(Señalando foro.)
MONC. *(Aparentando indiferencia.)* ¿Sí?
DIM. Tú debes saber tambien...
MONC. No tal.
DIM. Fuerza es que lo crea:
mas como eras en la aldea
el alma de un somaten...
MONC. En mi juventud temprana...
DIM. Esa campana... *(Señalando á la del foro.)*
MONC. *(Con gran emocion.)* Está rota
la cuerda... ya no alborota
á la gente esa campana.
DIM. Con mal recuerdo te aflijo.
MONC. La última vez que sonó,
la montaña estremeció.
DIM. Sí, doblaba por tu hijo.
MONC. No hagas que con tal memoria
el alma me despedace.
DIM. (Bien cerca está el desenlace
de esa tristísima historia.)
MONC. Dimas, tu voz en mi pecho
recuerdos ha despertado...
DIM. (Quiere estar solo.) Enterado...
(Espiaré en mi provecho
de Mari-Paz la llegada.)
¿Mandas algo?
MONC. *(Despidiéndole.)* No, te ruego...
hasta mañana.
DIM. Hasta luego;
volveré tal vez, Moncada.
(Sale foro.)

ESCENA IV.

MONCADA.

¿Intentaba ese menguado
sonsacarme? ¡Vano empeño!
Pues ni sé á qué se refiere,
ni ya me causan efecto

las contiendas en que siempre
medra el malo y pierde el bueno.
¡Harto con propios dolores
sufre mi angustiado pecho,
para buscar el alivio
en los dolores ajenos!
¡Mi Luis! ¡Válgame San Jorge
mi patron! Este recuerdo
mi sien agudo traspasa
como un encendido hierro...
Tendria ahora veinte años,
sería gallardo, esbelto...
¡y no saber de su suerte!
¡ignorar su paradero!
¡Engendrar tanta belleza...
ser, más que padre, su siervo,
y el alcázar de mi dicha
ver en un dia deshecho!
Si la piedra se hace añicos
si al golpe cede el acero,
¿cómo es que el alma de un hombre
resiste tamaño peso?...
¿Es que el llanto, cual la lluvia,
fecundiza el dolor fiero,
y este rocío del alma
da la robustez al cuerpo
para que vuelva á llorar
y vuelva á sentir de nuevo?

ESCENA V.

DICHO, MARI-PAZ, *foro.*

MARI. ¡Padre!
MONC. ¡Al fin! Ya me tenia
tu tardanza receloso.
MARI. Perdonadme bondadoso;
mi cariño en ello fia.
MONC. Haces mal en exponerte.
MARI. *(Acariciándole.)*
¿Vais á reñirme? ¡Hola! ¡hola!
MONC. Vas por la montaña sola
y expuesta...
MARI. Fio en mi suerte.
No soy en ello novicia
como vos creeis, sin duda;
cada piedra me saluda,
cada rama me acaricia.
No hay ni una rama en agraz,
ni una retama, señor,
que una delicada flor
no guarden á Mari-Paz.

MONC. De tus idas y venidas
no se me oculta el objeto.
MARI. ¿Qué decis?
MONC. No es un secreto
que aquí se forman partidas.
Que hay gentes en la montaña
dispuestas á lo preciso;
que tú, dándoles aviso,
vas de cabaña en cabaña.
Y haces mal.
MARI. Teneis razon...
es decir, no la teneis.
MONC. ¡Mari-Paz! *(Con cariño.)*
MARI. Bien: ¿qué quereis?
He nacido en Aragon,
y mi poca ó mucha edad
con la doblez no se escuda:
yo soy así, un poco ruda,
pero digo la verdad.
A mis solas lo celebro,
cual mi voz os lo confiesa,
y soy más aragonesa
que toda el agua del Ebro.
(Moncada hace una pausa.)
Os diré, haciendo una pausa,
que por tuertas ó derechas,
un hombre causa sospechas
y una mujer no las causa.
Por eso en esta cuestion
trabajo yo á toda ley.
MONC. ¿Es decir, que contra el rey
te pones en rebelion?
MARI. Aunque nacimos pecheros,
nos avergüenza el dogal,
y ese rey hace muy mal
si va á quitarnos los fueros.
¡Calle! ¿Os reis?
MONC. Sí, me rio...
MARI. ¿Cómo puede ahora quitarnos
lo que no ha sabido darnos
con todo su poderío?
Vos lo comprendeis tambien.
Así, pues, una mañana,
la voz de cualquier campana
nos congrega á somaten.
Esa... *(Señalando á la del foro.)*
MONC. ¡No!.. ¡Sin juicio estás!
¡líbreme Dios!.. hice un voto;
por eso la cuerda he roto
y no sonará jamás.
(Pausa. Moncada, asiéndola de una mano y adelantándose.)
¡Yo tambien... muy jóven era!

¿Quién cuando nace á la vida
no oye la voz plañidera
de la patria donde anida,
donde vió la luz primera?
Cediendo á impulsos sinceros
que en el hombre dan honor,
salíme con mis pecheros
á defender nuestros fueros
contra el mismo emperador.
Bien hicimos, y destruyo
(Con conviccion.)
juicios contrarios quizá,
porque sé, y con ello arguyo,
que quien defiende lo suyo
siempre en su derecho está.
Dicen que yo con denuedo
me batí, y en buena ley,
asegurártelo puedo;
esa campana, en Toledo
hacia temblar al rey.
Porque al lanzar su bramido
al viento con furia extraña,
vomitaba la montaña
todo lo más escogido
que habia en cada cabaña.
Pero el partir fué locura,
locura que no se olvida,
en esta agreste espesura
dejaba con mi ventura
dos pedazos de mi vida.
¡Mi María cariñosa,
dulce compañera mia,
y al lado de mi María
una criatura hermosa,
aun más que la luz del dia.
Era un niño encantador
tan blanco como el armiño,
y te juro por mi honor
(Queriendo convencerla con su ternura de padre.)
que en aquel hermoso niño
se recreaba el Señor.
El partir.... fué instante breve:
ahí sentado el ángel bello,
con su manita de nieve
queria asirme el cabello
que movia el viento leve.
¡Oh! ¡cuánto te adoraria
si ante mis ojos te viera!

MARI. ¿Mas no ha muerto?

MONC. No, María,
digo, ni aun lo sé siquiera,
que esta es la desdicha mia.

En fin, mi relato acaba;
volvi honrado... ¡muy honrado!
mas cuando en mi casa entraba,
ví solamente á mi lado
á una mujer que lloraba.
¿Y Luis? con voz altanera
dije: mas las desdichada
no osó mirarme siquiera,
para que yo no leyera
la respuesta en su mirada.
Un dia, ¡memoria impía,
de tristeza y de pesar!
se nubló la dicha mia,
y el niño faltó aquel dia
al escaño de su hogar.
No sé si una mano infiel
le robó de mi cabaña,
ó si le hizo en la montaña
presa de su horrible saña
algun javalí cruel...
Solo sé que no transijo
con este dolor tan grave,
que aun me lamento y me aflijo,
porque solo un padre sabe
lo que es ser padre sin hijo.

(Pausa.)

MARI. ¡Ah! mi afecto no es capaz
de llenar ese vacio!

MONC. *(Abrazándola.)*
¿Qué dices? ¿Tu al hijo mio
no reemplazas, Mari Paz?
Cuando llegaste al país
niña, perdida y errante,
tu afecto busqué al instante
á falta del de mi Luis.

MARI. ¡Gracias! permita el Señor
que haga yo con mi cariño,
no que olvideis á ese niño,
pero que ceda el dolor.

MONC. Por eso quiero yo verte
más juiciosa, sí, María:
¿sabes cuánto sentiria
la desdicha de perderte?
No exajera mi temor,
es que hay peligro en la empresa.

MARI. Ciertamente, lo confiesa
mi lengua, aunque con rubor.
¿Sabeis que un destacamento
llegó anoche?

MONC. Sí, lo sé,

MARI. Pues bien, si supiérais...

MONC. ¿Qué?

MARI. Aun tiemblo cuando lo cuento.
Iba de roca en breñal
llevando mi aviso escrito,
cuando un espía maldito
me sigue... era el oficial.
MONC. ¿Qué dices?
DARI. Nada os asombre;
quise correr y correr,
pero al cabo una mujer
no anda tanto como un hombre.
Y sucedió, que en seguida
me ví en su poder.
MONC. ¡Dios justo!
MARI. ¡Caramba! me llevé un susto
que no olvidaré en mi vida.
Es un gallardo doncel,
y empezó por requebrarme...
en fin, que logró sacarme
con requiebros el papel.
Yo en vano quise impedir...
pero el chico es un tesoro,
¡y tiene un piquito de oro
que ya se le puede oir!.
¿No sabeis lo que hizo? Pues
no lo leyó, y sin empacho
lo hizo trizas... el muchacho
debe ser aragonés.
MONC. Fué noble compartimiento.
MARI. ¡Vaya si lo fué! ¡Friolera!
Con jefes así, cualquiera
sirve en un destacamento.
Despues con rostro jovial
vino hasta aquí, y aun colijo
que por malicia me dijo
el bueno del oficial:
—«Pueden serviros de agobio
»las tales cartas, y es obvia
»la razon, porque una novia
»nunca escribe así á su novio.»
MONC. Pues agradece el aviso.
MARI. Yo bien quiero complaceros;
mas si peligran los fueros,
defenderlos es preciso.
MONC. El pueblo mejor lo hará.
MARI. Con vuestra frase os arguyo:
«quien defiende lo que es suyo
»siempre en su derecho está.»
MONC. Eso creo, y es razon
que suceda: vuelvo pronto.

(La besa en la frente y sale izquierda.)

ESCENA VI.

MARI-PAZ.

Pero ¿por qué pienso en él,
Por qué mi mente recrea
su imágen?.. mas si es tan bello...
tan galan... me dijo tiernas
palabras, cuyo sentido
mi pensamiento penetra,
aun cuando no es el lenguaje
de la gente montañesa.
Me habló de amor... ¿qué es amor?
¡Si yo no sé ni una letra...
pero desde anoche el alma
fatigada, no sosiega.

ESCENA VII.

DICHAS, DIMAS, *foro*.

DIM. ¡Mari-Paz!
MARI. ¿Quién?
DIM. (Llego á punto.)
MARI. *(Con desprecio.)*
¿Sois vos? Ya acabó la fiesta;
mas si aun quereis vino...
DIM. Quiero
que me escuches, pues apenas
puedo verte en todo el dia.
MARI. Hablad... aunque la insistencia
no comprendo.
DIM. Sin embargo,
¿no presumes lo que tenga
que decirte?
MARI. No presumo.
DIM. No es esta la vez primera
que lo que pasa en mi pecho
te ha revelado mi lengua.
MARI. Si á hablarme de amor vinísteis,
no prosigais.
DIM. ¡Siempre fiera!
¡siempre orgullosa conmigo!
¿Acaso tú me desprecias
por ser solamente un siervo
del conde? Niña, contempla
que hay siervos que si se miden
con sus señores, se elevan
á gran altura, teniendo
timbres y corona en cuenta.
MARI. Ahorremos explicaciones

que enojan y no aprovechan.

DIM. Yo dispongo de secretos
que han sido en mi mano prenda
para agotar el tesoro
del conde.

MARI. No me interesan.

DIM. Tal vez, si tú á Luis Moncada,
como presumo, le aprecias.

MARI. ¿Y tienen con Luis Moncada
que ver?

DIM. Más de lo que piensas.

MARI. No me acomoda escucharos;
salid; mi padre está cerca.

DIM. Envuelto en mi red le tengo,
y tú, contraria ó adversa,
dispones hoy de su suerte.

MARI. ¿Vais á hacer una novela?
Suprimid vuestro relato
enojoso.

DIM. Escucha y tiembla:
yo te amo hace muchos años;
te adoro hasta la demencia,
y á disputar me propongo
este amor, como su presa
disputa al chacal el tigre,
que es más fuerte y se la lleva.

MARI. (Su aspecto pavor me infunde,
y sus miradas me hielan.)

DIM. Sabes que hace va algun tiempo,
cuando volvió de la guerra,
perdió Luis Moncada un hijo
que llora muerto á esta fecha.

MARI. Y bien, hablad...

DIM. Luis no ha muerto.

MARI. *(Dominándose.)*
Esa es una estratajema...
bien inocente.

DIM. ¡Silencio,
desgraciada! tengo pruebas,
Mari-Paz; escucha en calma,
del crímen la historia es esta:
Mi señor, el noble conde *(Con sarcasmo.)*
que ha muerto hace una hora apenas,
por la esposa de Moncada
concibió una pasion, de esas
que hacen de un ángel un mónstruo,
cual la que mi pecho quema.
Vencer no pudiendo su ánimo
con dádivas ni promesas,
cumpliendo más de lo justo
y dando más de sus rentas,
robó al niño; yo en el lance

intervine, y en la selva
le tuvo oculto algun tiempo;
mas era voluntad terca
la de la mujer, y tuvo
mucho más imperio en ella
el esplendor de su honra
que la maternal querencia.
Murió sin ser de otro dueño,
y el conde, que era hombre en regla
para llevar un asunto
hasta un extremo cualquiera,
me dió el encargo de hacer
con el muchacho...

(Haciendo ademan de descargar un golpe.)

MARI. ¡Oh, qué hiena!

DIM. Yo no he sido un San Bernardo
ni otro padre de la iglesia;
pero matar á un chicuelo
que no se defiende y reza,
no era cosa de mi gusto;
le llevé á lejana tierra;
con mi cuchillo, en su mano
grabé un nombre y una fecha,
y le dejé á la ventura,
deseándosela buena.

MARI. ¡Qué crueldad!

DIM. Era ménos
que lo que el conde quisiera.
Y ved lo que hace el destino
cuando las cosas maneja:
ayer, de manos á boca,
al revolver una senda,
topé con aquel chicuelo
hecho un hombre y de presencia,
con un bonito uniforme
de oficial, lazo en la hombrera,
en el cinto una tizona,
calzando bota y espuela...

MARI. ¿Qué decís? *(Con ansiedad.)*

DIM. Acompañaba
á una muchacha no fea,

(Mirándola con insistencia.)

á quien hubo sorprendido
un papel...

MARI. ¡Santa Teresa!
¿Luego el oficial es hijo
de Moncada?.. ¿Cómo pruebas
su identidad?

DIM. Fácilmente:
no teniendo una certeza,
hablé con él, y en su mano
ví la señal que mi diestra

grabó...

MARI. ¡Corramos!

DIM. Detente:
¿me supones tan babieca,
que pretendiendo una cosa
así mi secreto venda?
El pliego que tú llevabas,
y que él rompió sin cautela,
obra en mi poder...

MARI. ¡Dios mio!

DIM. Y es... no más que su sentencia
de muerte, porque él debia
perseguir á los que intentan
rebelarse, y hace causa
con ellos, puesto que deja
su obligacion, por hablar
de amores á una doncella.

MARI. ¿Pero vos habreis guardado?..

DIM. Yo le delaté, porque era
casi, casi un rival mio.

MARI. ¡Maldicion!

DIM. Preso se encuentra,
y ya para fusilarle
solo una señal se espera:
el toque de esa campana.
(Señalando la del foro.)

MARI. ¡De la de su casa!

DIM. Es treta
que conseguir he podido,
porque mucho me interesa.
Sé que los aragoneses
para esta noche se aprestan,
que aunque pese á Luis Moncada,
su campana hará la seña.

MARI. ¡Está perdido!

DIM. Aun es tiempo.

MARI. ¿Qué decis?

DIM. Tengo dispuesta
la fuga de ese muchacho
si eres mia.

MARI. Infamia horrenda.

DIM. O muere sin abrazar
á su padre, ó tú me entregas
tu amor: Moncada y su hijo
en la partida se juegan.
Dentro de quince minutos,
volveré por la respuesta;
Mari-Paz, piénsalo en calma.

MARI. ¡Oh, Dimas! ¡Maldito seas!
(Sale Dimas por el foro.)

ESCENA VIII.

MARI-PAZ.

¡Oh, noche de maldicion!
Es necesario hacer algo...
¡Dios mio! ¿De quién me valgo
en tan cruel situacion?
¿De Moncada?.. Nó: es perder,
es perder tiempo... ¡qué apuro!
¡Y el infame obra seguro
de que al fin ha de vencer!
Yo no puedo, es un error,
no puedo ser homicida...
¡quiero su vida!.. ¡su vida!..
Pero, ¡Dios mio! ¿y mi honor?
Hablaré á su jefe... sí...
le revelaré bien claro...
¡Santa Vírgen del Amparo,
ten piedad de él y de mí.

(Sale apresurada foro; pausa; aparece Moncada puerta izquierda.)

ESCENA IX.

MONCADA.

De voces sentí rumor...
¿Y Mari-Paz? ¡Dios clemente!
¿Salió acaso?.. no es prudente
que juegue así con mi amor.
Ella al riesgo se avecina
y desconoce su afan,
que estamos sobre un volcan
y puede saltar la mina.

(Aldeano, presentándole un pliego.)

ALD. Del señor conde.
MONC. ¿Ha espirado?
ALD. Sí, señor. *(Se retira.)*
MONC. Me extraña el pliego,
cuando de mandato ó ruego
pudo antes haberme hablado.

(Rompe el sobre y lee.)

«Despues de muerto, verás,
»Moncada, mi infamia escrita;
»de tu perdon necesita;
»creo que me lo darás.»

(Figura que va leyendo parte del secreto que Dimas reveló á Mari-Paz.)

¡Gran Dios! ¿Qué es lo que leí?
Calma de mi mismo exijo...
¡El, el ladron de mi hijo!..
el ladron; lo dice aquí. .

¿Para turbar el sosiego
del tálamo conyugal?
¡Pero no! yo leí mal..
¿No leo mal? ¿No estoy ciego?
(Con amarga expresion.)
¡Aquí mi venganza lleva
este ignominioso escrito!..
¡Y se ha muerto ese maldito
sin que yo su sangre beba!
¡Yo, que siempre le serví,
sin obligacion ninguna,
tan solo porque mi cuna
al nacer la tuve aquí!
¡Yo, que con abnegacion
todo lo sacrificaba!
¡necio de mí!.. y le besaba
la mano...'y era un ladron.
Más vil que aquel que se afana
por lograr algun dinero;
porque este era... un caballero
(Con sarcasmo.)
que robaba sangre humana.
Mil veces en su furor
oí que su voz aleve
al pueblo llamaba plebe,
¡para insultarnos mejor!..
Y por no contradecir
su capricho soberano,
sufria lo de villano
y hacia por sonreir.
Y no veia á la lúz
de un fuero que no hay quien venza,
que el orin de la vergüenza
corroia mi arcabuz.
Y porque afrenta á su historia,
esos nobles altaneros,
quieren quitarnos los fueros
ganados con tanta gloria.
No; volverás á sonar *(con fiereza)*
terrible y ruda campana,
y tu ronca voz, mañana
hará á España despertar.
Oiga Felipe el clamor
que hace tiempo ya no existe;
con mi honor enmudeciste,
despierta ahora con mi honor.
Tu voz la sangrienta lid
provocaba con denuedo;
su padre tembló en Toledo,
tiemble él en Valladolid.
Ya no haya más dilacion
en conservar nuestros fueros:

(Se dirige á la campana, y asiendo la cuerda dice con voz terrible.)

¡Villanos y caballeros,
San Jorge por Aragon!

(Empieza á tocar somaten: á lo léjos se oye que contestan otras campanas de la montaña. En tanto Moncada se viste sus armas y en el momento se aparece Mari-Paz en el foro. Se oye una descarga. Mari-Paz, para no caer, se apoya en el dintel. Cuadro.)

ESCENA X.

MONCADA, MARI-PAZ.

MARI. ¡Cielos!
MONC. Mari-Paz, escucha,
MARI. ¡Qué habeis hecho, desgraciado!
¡El mismo le ha asesinado!
MONC. Ya va á comenzar la lucha.
En rápido vuelo gira
la campana, y ese acento
hace rodar por el viento
el exterminio y la ira.
La plebe á vengarse empieza.
MARI. No prosigas, Luis Moncada;
tu mano febril y airada
ha segado una cabeza.
MONC. ¿Qué dices?
MARI. A la señal
de tu campana homicida,
el plomo cortó la vida,
de ese jóven oficial.
¿Sabes quién era el cuitado?
MONC. Habla, pues no lo colijo.
MARI. Era Luis, era tu hijo,
Dimas me lo ha revelado:
MONC. ¡Jesús! *(Anonadado.)*
MARI. Mi voz ya le habló
de ese terrible secreto
á que ha vivido sujeto...
MONC. ¡Y yo le he matado... yo!

(Aparece precipitadamente por el foro Dimas con descompuesto ademan.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DIMAS, *despues* LUIS *y pueblo armados de somaten.*

DIM. *(A María.)*
¡Tu me has vendido, y la plebe
le salvó de la agonia!
MONC. ¡Dimas! Satán me lo envia.
Justo es que el castigo lleve.